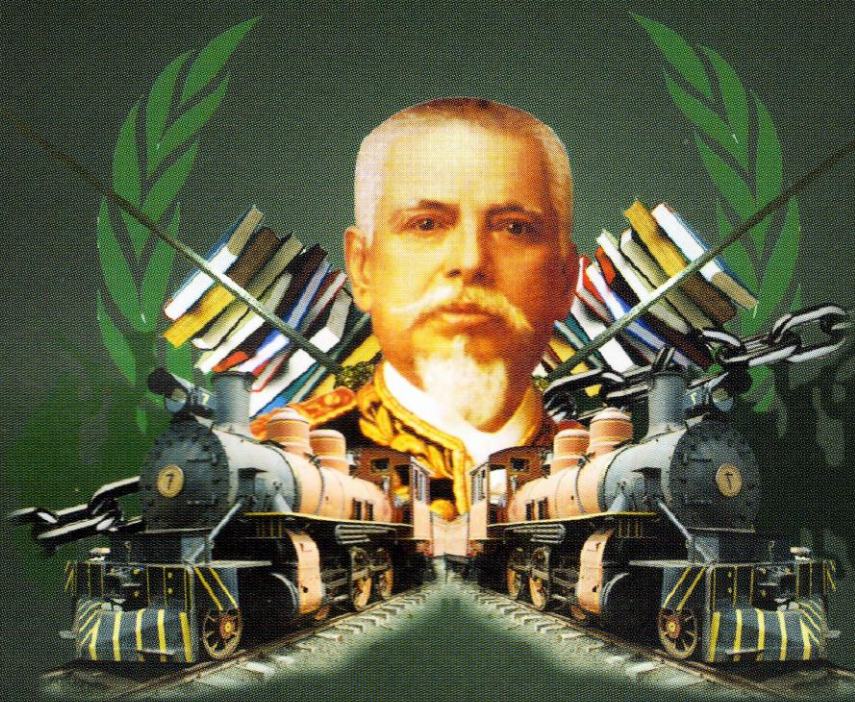


Colección Balsa Manteña

ELOY ALFARO UN LÍDER DEL AYER Y UN EJEMPLO DEL MAÑANA



MEDARDO MORA SOLÓRZANO



EDITORIAL
MAR ABIERTO

ELOY ALFARO UN LÍDER DEL AYER Y UN EJEMPLO DEL MAÑANA

Medardo Mora Solórzano

Colección de ensayos Balsa Manteña # 1

Eloy Alfaro un líder del ayer y un ejemplo del mañana

© Medardo Mora Solórzano

Director General: Medardo Mora Solórzano (Rector)

Sub Director: Leonardo Moreira (Vicerrector académico)

Director Editorial Mar Abierto: Ubaldo Gil Flores

Asistencia editorial: Alexis Cuzme

Editorial Mar Abierto

Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí

Vía san Mateo. Edificio Biblioteca General

www.marabierto.com.ec

<http://editorialmarabierto.blogspot.com/>

Telef. 2 623 026 Manta

Diseño general y de portada: Luis Montejo

Primera edición: noviembre del 2006

Tiraje: 1000 ejemplares

Impreso en Manta - Ecuador

Índice

Las ideas políticas de Alfaro.....	6
Alfaro un idealista a carta cabal.....	8
Alfaro persona emprendedora.....	9
Alfaro y el ferrocarril.....	12
Alfaro y la educación.....	14
Alfaro y las Fuerzas Armadas.....	16
Alfaro y la mujer.....	18
Alfaro y la moral.....	20
Alfaro y los derechos humanos.....	22
Alfaro humanista.....	24
Alfaro internacionalista.....	27
Alfaro y la iglesia.....	28
Alfaro descentralizador.....	30
Alfaro y su rebeldía.....	31
Alfaro y los indígenas.....	33
Alfaro patriota.....	35
Alfaro estadista.....	37
Alfaro y la gesta de Chone.....	39
Decálogo del alfarismo.....	41

Mucho se ha escrito y se ha dicho sobre el ilustre general manabita Eloy Alfaro Delgado, a quien el Ecuador tuvo la suerte de tenerlo como Jefe Supremo y Presidente de la República en dos periodos entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX 1895-1901 / 1905-1911, en cuyo ciclo de gobierno realizó la más trascendente y fecunda transformación que ha tenido el Ecuador a lo largo de su Historia, convirtiéndose en el gran constructor del Estado moderno del Ecuador del siglo XX; no teniendo dudas en afirmar que sin Alfaro el Ecuador hubiese tenido serios problemas en su supervivencia como país durante el pasado siglo XX, afirmación que me atrevo a efectuar porque fueron las dos Constituciones mentalizadas por Alfaro, la de 1897 y la de 1906, sobre todo ésta última, la que contiene la Declaración de principios que ha regido la vida democrática del Ecuador en el último siglo. Aparte de ello se preocupó de expedir un conjunto de leyes para dotar al Ecuador de un andamiaje jurídico lo suficientemente consistente para que no sea vulnerable a circunstancias o episodios desestabilizadoras en su organización como Estado y/o República. Si Bolívar nos creó como país en el siglo XIX (1830), Alfaro es el creador de la II República entre fines del siglo XIX y la primera década del siglo XX.

Las ideas políticas de Alfaro

Hay que ubicar a Alfaro en su verdadero andarivel ideológico. Como ciudadano se adhiere a las tesis que en ese entonces tenían una fuerte tendencia a nivel mundial y que triunfaron en Europa con la histórica Revolución Francesa de 1789 (revolución que consagró como trilogía de valores en la vida de un país, el imperio de la libertad, la igualdad y la fraternidad humana) aquello explica que Alfaro haya sido un activista, un creyente del imperio del Derecho y de la ley, sin lo cual entendió muy bien es imposible ni el ejercicio de la libertad, ni la igualdad jurídica de las personas dentro de una sociedad, ni mucho menos intentar un país fraterno en función de los más elevados intereses colectivos; no tuvo dudas en sus profundas convicciones democráticas, que la ley es el instrumento idóneo para la solución de conflictos interpersonales o de personas con instituciones. El haber entendido muy bien los postulados de la Revolución Francesa -que es la consecuencia de una dilatada lucha de la humanidad por varios siglos, que se inicia con el Renacimiento-, lo convierten en un verdadero líder y estadista, fruto de su esforzada y disciplinada educación en la que puso especial empeño su padre, siendo además un gran autodidacta, lo cual le permitió alcanzar los más completos conocimientos de la realidad nacional y mundial.

Comprendió a cabalidad que el ejercicio de la actividad política, a la que dedicó buena parte de su vida, requería del soporte de una agrupación organizada de ciudadanos que comulgando con similares ideas se convirtieran en activos militantes de las doctrinas democráticas en las que él creía, por eso funda en el Ecuador el Partido Liberal Radical, cuya denominación también refleja la hondura del pensamiento de Alfaro; creía en un liberalismo como defensor de la libertad y de las garantías fundamentales de las personas, que quedaron consagradas en la Declaración de los Derechos Humanos promulgados por la Asamblea Legislativa Francesa en 1789, doctrina liberal a la que le adicionó, como fruto de la amplitud de sus conocimientos de la Ciencia Política, la vertiente ideológica del Radicalismo; que le dio al ideario, del Partido que fundó, la incorporación de una doctrina que sostiene que el interés personal tiene un límite que es el que no puede afectar o desbordar el interés general.

En la profunda sensibilidad social y humana que tenía Alfaro le era gratificante sacrificar sus intereses personales por los intereses del conjunto de habitantes del país,

tenía una ilimitada vocación de servicio por los demás, por eso fue un buen político en el mejor sentido de la palabra, no fue amigo de la figuración vanidosa, ni mucho menos era un ambicioso capaz de atropellar principios y amistades para captar el poder o enriquecerse de la misma. La Historia nos cuenta que él fue llamado desde Centro América, donde residía, para que asumiese la Jefatura del Estado ecuatoriano. Creía fielmente en sus ideas y, con la visión que tenía del futuro, advirtió la conveniencia de pensar en un Socialismo Democrático -que tanto éxito ha tenido en las últimas décadas en los países desarrollados, sobre todo de Europa y que hoy significan una alternativa política válida y de gran aceptación en el mundo presente-; esto es después de un siglo de su existencia vital. Las ideas de Alfaro siguen teniendo vigencia, eso demuestra lo visionario y certero de su luminoso pensamiento y su gran claridad de hombre de mente privilegiada.

Alfaro un idealista a carta cabal

El idealismo tiene como soporte insustituible la convicción y no la conveniencia de luchar por los más elevados anhelos humanos, y aquello requiere como premisa irremplazable el desprendimiento y desinterés con que una persona procede en los actos de su vida. Si algo caracterizó a este extraordinario líder fue su afán sin fronteras por ver felices a los demás, en soñar y querer un país donde existiese justicia, donde prevaleciera la moral, donde fuese posible el ejercicio de la libertad bajo el manto protector de la ley; creía que el ser humano tiene derechos, pero paralelamente debe cumplir obligaciones, asumir responsabilidades. Un idealista está más preocupado por dar que por recibir, eso marca la diferencia con “los vividores” que sólo buscan cómo obtener lánguidas ganancias de todo cuanto pueden aprovecharse; la riqueza de un idealista radica en su posibilidad de servir y ser útil a los demás y así era Alfaro.

Lo antes afirmado se demuestra con la proclama de Alfaro al aceptar asumir la Jefatura Suprema de la República, “justicia y más justicia” es lo que reclaman las grandes mayorías nacionales, a ello agregaba que para que eso fuese posible era imprescindible un proceder ético de las personas, que fuese al mismo tiempo respetuoso de las normas imperantes. Valoraba la importancia del orden, la organización. Pensaba, al igual que Benito Juárez, que sólo respetando el derecho ajeno es posible la paz; creía en una paz teniendo como premisa inseparable lo equitativo, lo justo. Como idealista quería un ser humano que procediese en todos los actos de su vida como debe ser y no como le da la gana y piensa. No creía en los seres humanos conflictivos, egoístas, llenos de envidia, rencor y revanchismo social, aquello explica su célebre frase, lamentablemente no debidamente comprendida en su inmenso contenido, “perdón y olvido”. Cuando asumió el poder no buscó olvidar lo malo sino preocuparse por lo positivo y lo bueno, simplemente no quiso perder el tiempo buscando culpables, persiguiendo a quienes le habían hecho daño y hacen daño a la sociedad, a ellos, sabía muy bien, era suficiente despreciarlos e ignorarlos. Quiso dedicar su tiempo a construir el país con el que el soñó, un país digno, altivo, soberano, donde hubiese posibilidades para la práctica de valores, de las buenas costumbres, “dejadme practicar las buenas costumbres, y te devolveré libertad y gloria” fue una de sus más acertadas y extraordinarias frases; creía en un país que no renunciase a sus tradiciones, a su ancestro, a su forma peculiar de ser y pensar. Quería que fuéramos auténticos, despreciaba la hipocresía de quienes buscan

ponerse el traje de las apariencias, por eso les decía: “al pan, pan y al vino, vino”. Así son los idealistas: sinceros, frontales, no buscan el acomodo, prefieren la verdad, por eso José María Vargas Vila, el más polémico periodista colombiano, el crítico más temible e implacable de la realidad social y política imperante en la época, destacaba la magnanimidad de Alfaro y lo decía con signo de interrogación y algo de incredulidad, no entender cómo un hombre como Alfaro de inmenso corazón había tenido el coraje de meterse en ese mundo que los mediocres y sinvergüenzas lo vuelven repugnante y de constante conflictividad, que es la política; donde los inescrupulosos son capaces de atropellar todo lo que puedan para alcanzar sus personales propósitos, donde predominan únicamente los intereses y la ambición por el poder y el dinero, por eso Alfaro sabía de la persecución que le harían los traficantes de la politiquería, los deshonestos, los falsos. Sabía que lo matarían, por eso exclamaba: “a mí me asesinarán pero mi sangre los ahogará y saldrá a flote su miseria humana”, así son los verdaderos idealistas, hombres en el fondo generosos, desinteresados, luchan por el bien común, eso explica el pensamiento del “Che Guevara”, otro idealista, exhibido en uno de los sitios más históricos de La Habana, en el Fuerte de “El Morro”, cuando afirma: “las grandes revoluciones están inspiradas en los más grandes sentimientos de amor”, ese amor por una sociedad justa donde se practiquen y prevalezcan los valores y se reconozcan méritos y virtudes, ese es el país con que sueñan los idealistas como lo fue Alfaro y así debe entenderse el inmenso legado histórico de tan excepcional ciudadano y gobernante.

Alfaro persona emprendedora

Una de las grandes ventajas que tuvo Alfaro fue la de haber aprendido a vivir de su esfuerzo, de su trabajo creador, no vivió del trabajo ajeno, sabía como lo saben los verdaderos revolucionarios que “las tortillas no se hacen con palabras, se hacen con maíz” como lo dijera en aleccionador y bien logrado pensamiento ese gran líder mexicano que fue Emiliano Zapata. Alfaro fue formado en la Escuela del trabajo productivo, de la permanente búsqueda de recursos para poder supervivir, su padre fue el primer exportador ecuatoriano de los afamados “sombremos de Montecristi” e incluso logró exportar el “queso manabita”, por eso supo del valor que tiene aprender a ganar el sustento para vivir con esfuerzo y dedicación y con ello generar bienes para su subsistencia y por ende de la sociedad; su padre lo obligó a educarse y prepararse para la vida, fueron esas experiencias las que le permitieron adquirir una formación lo suficientemente consistente para enfrentar las dificultades y desafíos que se nos van presentando a lo largo de nuestra existencia. Aquella formación de hombre que sabía ganarse la vida, con sus propios medios de persona emprendedora, fue la que le sirvió para siempre encontrar medios para supervivir con su familia durante los varios exilios que tuvo que soportar en el exterior, donde buscaba realizar actividades de negocio para vivir honradamente con su familia e incluso generar recursos para su lucha por las ideas que profesaba.

Queda claro que Alfaro fue un hombre de claro talento emprendedor en su vida pública y privada, eso lo formó para saber como dirigir, para no sólo hacer lo que sabía sino saber bien lo que hacía; era un hombre completo, no tenía lagunas en sus conocimientos, nada le era ajeno, sus vivencias le permitieron acceder al conocimiento en todos los campos de la vida humana, no sólo producía para él sino que producía para los demás, estaba dentro del grupo de “los que viven del sudor de su frente y no de los que viven del sudor de la gente”. No fue un dependiente de sueldos del Estado, lo que le permitió no volverse un hombre cómodo que se limitaba a esperar lo que los que otros siembran con su esfuerzo y él cosechar de esa siembra, vivía de su propio trabajo, era un convencido del derecho a la libertad de los seres humanos, creía en una libre empresa honesta, esa fue su forma de proceder en la vida, nunca la disimuló, su talla de hombre superior le impedía engañar a nadie expresando criterios que no respondían a las ideas en las que él creía. Fue un hombre transparente, están equivocados quienes desde una

concepción marxista y dogmática lo han querido señalar peyorativamente afirmando que Alfaro era un “burgués bueno”, o quizá para otros pequeños de espíritu hasta “un tonto útil”; simple y llanamente Alfaro fue un hombre de trabajo, solidario, ecuánime, justo, sacrificado, luchador sin descanso por la igualdad, la libertad y la fraternidad humana, nunca dijo ni actuó de otra manera, en lo que sí era implacable era en su lucha contra los inmorales, tiranos, falsos redentores, mentirosos, abusivos, aprovechadores, desleales y contra los que lucran de la necesidad ajena, por eso exclamó: “la deslealtad es la peor lepra que aflige a la humanidad, confunde el bien con el mal y termina promiscuándolo todo”, cuánta sabiduría y verdad en ese magistral pensamiento.

Alfaro y el ferrocarril

Sin duda la obra de Alfaro que más resonancia histórica ha tenido ha sido la construcción de la red de ferrocarriles con la que cruzó y conectó toda la geografía nacional, lo cual tiene su explicación por la magnitud física de la obra e importancia y servicio que prestó, eso hace que muchos ecuatorianos que la utilizaron la añoren y otros quieran se reconstruya nuevamente. Esta impresionante obra, para esa época que colocaba al país con vías de comunicación a la altura de los países más desarrollados (no perdamos de vista que en el mundo moderno siguen siendo los ferrocarriles medios de transportación muy utilizados en los países desarrollados) no sólo facilitaba en aquellos tiempos la movilización de bienes y personas al interior del país, sino que tenía un objetivo de mucho mayor alcance y trascendencia. Alfaro comprendía muy bien que el principal problema del Ecuador y, paradójicamente, su mayor fortaleza ha sido y es su diversidad (que bien entendida es una riqueza privilegiada, somos un país con regiones distintas, etnias diferentes, climas disímiles, culturas diversas, que influyen en nuestra forma de ser y pensar, esas diferencias provocan e inciden en una falta de comunicación y unión adecuada entre ecuatorianos); justamente el ferrocarril Guayaquil-Quito buscaba unir la Sierra con la Costa, Alfaro conoció muy bien esa ruta que fue la que utilizó cuando debió trasladarse desde Guayaquil, donde había llegado en buque desde Centro América para ir hasta Quito y asumir la Jefatura Suprema del Estado, eso lo hizo entender mejor la magnitud del problema, lo difícil que resultaba en esos tiempos para un costeño subir a la Sierra y para un serrano venir a la Costa, posteriormente unió el Austro con la Sierra con la vía Sibambe – Cuenca y cruzó de redes ferroviarias toda la geografía nacional, procuraba la unidad nacional, sin lo cual es imposible pensar en un proyecto – país; en su ideario no le era extraño la tesis del “pacto social” propuesta en la Revolución Francesa por uno de sus ideólogos como lo fue Juan Jacobo Rousseau.

Queda claro que el objetivo de Alfaro al construir el ferrocarril no fue para “lucirse” haciendo una obra física importante, quiso dotar al país de facilidades de comunicación entre las distintas regiones y personas de nuestra patria, ese fue su empeño, su convicción, por eso cuando encontró que la agreste topografía de nuestro territorio conspiraba contra sus deseos, esos escollos fueron vencidos y superados por su férrea voluntad de hacer una obra que la consideraba urgente e indispensable para el país, por

eso superó las dificultades de la renombrada “Nariz del Diablo” cuya configuración en un peñasco inaccesible fue vencido y se hizo la obra. Adicionalmente Alfaro estaba consciente que esta obra no sólo ayudaba a comunicar mejor y unir a los ecuatorianos, sino que a su vez contribuía a un mejor desarrollo económico del país al facilitar y agilizar el traslado de bienes generadores de riqueza y por ende suministradores del mayor bienestar para todos.

Alfaro y la educación

Si el ferrocarril es la obra que físicamente proyecta más gráfica y objetivamente en la realidad la gestión de Alfaro como gobernante, es en el campo educativo donde quizá realiza la labor de mayor beneficio social; estaba convencido que había que construir cimientos socialmente sólidos para volver consistente el rumbo de la sociedad, tenía muy claro que la ignorancia o el desconocimiento son los principales aliados de la confusión y falta de conciencia de quienes forman parte de una sociedad o habitan un determinado territorio, que esa desinformación o carencia de orientación facilita el aprovechamiento de los demagogos vendedores de falsas promesas e ilusiones.

Alfaro no sólo quiso favorecer la educación, su obra en este campo tenía una mayor connotación, estableció como principio que la misma fuera laica, es decir una educación libre que rompiera con el esquema de una educación dogmática de orden religioso que era excluyente y sectaria en aquel tiempo. Su anhelo era el que el país contara con la posibilidad que sus niños y jóvenes se formaran con una mente abierta al conocimiento universal, que no conocieran de ataduras, de coacciones, de temores, de prejuicios, de diques mentales, de repetir afirmaciones sin la reflexión o análisis suficientes; sabía que sólo un ser humano dispuesto al aprendizaje es capaz de contribuir a edificar una mejor sociedad y todo eso lo posibilita una educación laica.

Su labor en el campo educativo no se agota en querer un país con ciudadanos provistos de conocimientos, formados en un ambiente de libertad, deseaba que esa educación fuese de calidad y algo más, que aquella fuese la base para la transformación que deseaba para su patria, ello lo llevó a crear nuevos centros de formación, a preparar nuevos maestros con una nueva mentalidad, quería sepultar los vicios de una educación mediocre y sectaria, ello explica la creación de los inolvidables Normales como centros especializados de formación de maestros (as) formados(as) en la Escuela del honor, civismo y conocimiento pedagógico. Entendía muy bien que lo fundamental en la educación es tener buenos docentes, sin buenos profesores (as) jamás existirán buenos(as) alumnos(as). Sabía que el cambio había que hacerlo desde las raíces, junto a estos Normales como nichos formativos de una renovada clase magisteril; sembró a lo largo y ancho del territorio nacional nuevas Escuelas y Colegios, que permitiesen el mayor acceso posible a la educación a los más amplios sectores de educandos. Tan

profundo en su concepción de vida fue que valoró el arte en su justa dimensión creando el Conservatorio de Música. En definitiva Alfaro, en su amplio bagaje de conocimientos de la realidad social, sabía que educación y producción (ya lo hemos definido en su faceta de hombre emprendedor) son los principales pilares para el desarrollo sustentable de un país, para volver viable una mayor equidad social; lo uno y lo otro son las vertientes que desembocan en una mayor calidad de vida, lo contrario es simplemente retórico.

Alfaro y las Fuerzas Armadas

Alfaro se ganó en el campo de batalla (no de la guerra que extermina sino en la que lideró por darle y legarle libertad a sus conciudadanos -en la guerra que libró sin claudicaciones contra lo inmoral, la injusticia, la opresión, la farsa y la mentira de quienes se aprovechan de la buena fe ajena-, en su lucha sin tregua por rescatar a su patria de las garras de los que la escarnecieron con sus malos gobiernos, rebelándose para verla independiente, soberana, digna y altiva, por esa lucha sin desviaciones ni descansos) el honroso grado de General, alto honor que no sólo se lo reconoció el país sino toda América Latina y El Caribe, que supo de su idealismo, de saberlo un líder bien formado y visionario. No era el “General de las derrotas”, como lo bautizaron, queriendo ser sarcásticos sus detractores, no era “el viejo luchador”, como quisieron estigmatizarlo quienes no entienden que los ideales lo mantienen a uno siempre joven en la vanguardia de la lucha contra los vicios de una sociedad; fue un líder mayúsculo que buscó ver a un Ecuador grande y respetado en el concierto de naciones del mundo, quería ver a todos los ecuatorianos disfrutando del mayor bienestar posible, creía sin dubitaciones que sí era posible tener una vida menos angustiosa y más placentera.

Como estadista que era comprendía que para poder tener una organización social sólida, para que el país transite por el sendero del orden, la estabilidad, la tranquilidad ciudadana, para que los grandes objetivos y causas nacionales puedan convertirse en una alegre realidad, es indispensable y necesario contar con el apoyo de una Fuerza Pública que proteja la integridad y dignidad nacional a lo externo y garantice a lo interno el goce de las garantías fundamentales a las personas, ello lo lleva a crear el Colegio Militar como centro de formación de Oficiales que sean educados en la Escuela de la “disciplina, del honor y la lealtad” como reza el slogan del portón principal de ese centro de formación militar; es que desgraciadamente para quienes usan a Dios y a la ley de acuerdo a sus conveniencias para consumir toda clase de fechorías, para violar a su antojo la ley y apropiarse de los fondos públicos, no existe otra alternativa para poder frenar a delincuentes de toda calaña, para que sea posible la aplicación de la ley y hacer efectiva la justicia. Resulta indispensable el apoyo de una Fuerza Pública, no contar con este apoyo es dejar en manos de pandillas desaforadas, de sicarios pagados que amedrentan o asesinan a los hombres de bien, es dejar espacios para que los

problemas nacionales se resuelvan en el enfrentamiento físico y a la fuerza entre sectores que pugnan por lograr cuotas de poder o alcanzar fortunas mal habidas.

Adicionalmente Alfaro no sólo creó una institución para formar hombres que luzcan con gallardía el uniforme de soldados de la patria, democratizó, en el mejor de los sentidos, la posibilidad de ingresar a este Colegio Militar (que abrió el camino para que se crearan posteriormente las otras Escuelas de Aviación y Naval); su propósito era terminar con el criterio de que siguiera siendo un centro de formación militar para las élites puestas al servicio de los poderosos y gamonales, quiso unas Fuerzas Armadas conformadas por hombres patriotas y honorables, esa era su ilusión y propósito, y hay que reconocer que, dejando a un lado militares que a lo largo de nuestra Historia han manchado su uniforme incursionando en actividades que no son de su incumbencia, las Fuerzas Armadas han sido una reserva moral y legal para resguardar la dignidad, el orden y la seguridad ciudadana.

Alfaro y la mujer

Alfaro fue un caballero sin tacha, la formación recibida en su hogar conformada por un español de honor y republicano y una madre hacendosa que consagró su vida a su hogar y sus hijos(as), hicieron de Alfaro un hombre que aprendió a respetar a la mujer, a valorarla, entenderla como la compañera y el complemento indispensable en la vida de un hombre; no la concebía como ente subordinada a él, sino como el ser que le posibilita tener estabilidad emocional y sea quien lo nutra con su intuición innata, con su sensibilidad sin límites (la que con mucha razón se sostiene posee una especie de “sexto sentido” que le confiere justamente esa posibilidad de reproducir en su vientre y sus entrañas a otro ser) la que lo acompañe con su corazón para que su mente sea más fértil, la que le haga sentir la suprema emoción de ser padre con su capacidad excepcional y única de poder engendrar vida humana, la que le permita al hombre contar con un hogar como el sitio más apropiado para el descanso y la reflexión. Alfaro, hombre profundo en sus conceptos que no conocía el egoísmo, se empeñó en darle a la mujer ecuatoriana la oportunidad de ocupar un espacio igual que el hombre dentro de la sociedad.

Si Alfaro fue un buen hijo, un buen esposo y un buen padre, esa fue también la más tangible demostración de la valoración que tenía por la mujer, ello explica el que haya buscado su cooperación para que desarrolle su inmensa capacidad de producir socialmente y solicitarle su contribución en la vida pública nacional, en lo que significaba la más elocuente demostración de que era un convencido de la igualdad de las personas ante la ley sin distinción de sexo, religión o condición social, como reza la Declaración de los Derechos Humanos, de la que Alfaro fue un invariable y convencido militante.

El hecho de haber incorporado a la mujer a la vida pública dándole igualdad de trato y oportunidades que al hombre, demuestra no sólo un espíritu superior y sinceramente democrático, sino la clara visión que tenía del mundo del mañana. Si resulta innegable que un siglo después se sigue debatiendo sobre la equidad de géneros, en un mundo que actualmente es testigo de ver a la mujer superarse y prepararse para la vida buscando adquirir conocimientos y demostrando su gran afán de romper con subordinaciones y prejuicios y procurar ser independiente humana y económicamente,

aquello es visible en los claustros universitarios que hoy exhiben una mayor población femenina que masculina, lo que pone en evidencia sus anhelos de superación. En definitiva queda claro el alto y especial concepto que tuvo Alfaro de la mujer y su predilecto y leal afecto por su madre, esposa y sus hijos (as), estos últimos justamente fruto de su unión con su mujer.

Alfaro y la moral

Si algo estimuló la rebeldía y lucha de Alfaro fue la corrupción que imperaba en aquella época, era consciente que nada hace más daño a una sociedad y a un país que gente sinvergüenza pasando por “exitosa”, al apropiarse o aprovecharse de los dineros que nos pertenecen a todos; si robarle a una persona, a una entidad, es un delito condenable, robarle al conjunto de la sociedad es un delito repugnante que resquebraja toda posibilidad de una vida respetuosa y armónica. Nada justifica el que uno se beneficie perjudicando a todos, por eso la sociedad debe rechazar con indignación y desprecio a los que se enriquecen injustificadamente aprovechándose de los fondos públicos, para lo cual utilizan cualquiera de las figuras delictivas, sea a través del cohecho (cuando una persona particular se pone de acuerdo con un dignatario público para repartirse dinero encareciendo el valor de una obra o la adquisición de un bien) de la concusión (que es la presión o chantaje que un dignatario público realiza para que el interesado en la ejecución de una obra, o venta de bienes o prestación de un servicio, entregue un valor a cambio de la gestión o decisión que realiza o toma el funcionario corrupto), del peculado (que es apropiarse de fondos públicos sin la debida justificación); ese ambiente de corrupción que Alfaro conoció y que actualmente se ha incrementado, lo indignaba y lo rechazaba con la suficiente valentía y firmeza, aquello lo llevó a concebir otro de sus extraordinarios pensamientos: “donde impera la corrupción y el robo es imposible la República”, cuanta verdad y acierto en ese juicio de valor, lo reitero sin valores ni eticidad: la sociedad se desmorona, se disminuye la autoestima, se pierde la confianza y credibilidad y todo se vuelve muy difícil de ser rectificado (sucede en el Ecuador actual), consecuentemente es incuestionable que todo lo que es inmoral es reprochable y además contaminante, por eso si no se rechaza lo incorrecto e inmoral, las personas terminan por comenzar a pensar que ser sinvergüenza, enriquecerse injustificadamente es señal de éxito, y cuando eso sucede también empieza a destruirse toda posibilidad de construir un país vivible con algo de justicia, equidad, en consecuencia es una exigencia social despreciar a los pícaros en todo momento y circunstancia, por eso Alfaro sostuvo que no puede haber República donde impera la corrupción y el robo. Su animadversión a los sinvergüenzas lo llevó a pronunciar otra de sus frases sentenciosas: “deberle un favor a un pícaro generoso es la peor desgracia que le puede suceder a un hombre de bien”, queriéndonos enseñar que es preferible NO tener relaciones con los sinvergüenzas para no ser cómplices de su conducta punible y

exponerse a que la sociedad nos juzgue en base a una expresión de corte popular: “el que con lobos se junta aprende a aullar” o “dime con quien andas y te diré quien eres”. En resumen Alfaro tenía dentro de sus principales virtudes o cualidades el ser un hombre honesto, no transigía con lo incorrecto ni con los inmorales, eso lo hacía más firme en sus convicciones e ideales, e inspiraba mayor confianza en sus amigos y partidarios, su acrisolada honradez es sin duda una faceta que brilla en su más importante legado a la historia patria. Un funcionario, en cualquier cargo que ocupe, que se enriquezca perjudicando al país merece ser condenado a través de una sanción ciudadana que sólo es posible exista cuando los ciudadanos sepan que esa persona corrupta goza de comodidades y tiene fortuna al haber empobrecido a los demás; Alfaro inversamente se empobreció en su vida por servir a los demás, esa es la demostración de su grandeza de mente y espíritu que empequeñece la viveza de los sinvergüenzas.

Alfaro y los derechos humanos

No cabe duda que la mayor resonancia que tuvo la Revolución Francesa fue la de haber sido la gran promotora de la difusión de los Derechos Humanos, que debe aclararse no son fruto de una ocasional o artificiosa decisión de los Legisladores que integraron la Asamblea Legislativa Francesa en 1789, después del triunfo de la Revolución, la Asamblea tuvo el mérito de recopilarlas y convertirlas en una especie de Código de las garantías fundamentales de las personas que han sido legadas a la posteridad histórica y cuyo eco resuena con igual emoción en los albores del presente siglo XXI. No se puede olvidar que antes, en 1776, cuando los Estados Unidos declaró su independencia de Inglaterra y expidió la Constitución de Virginia, en el preámbulo de dicha Carta Política expedida el 4 de Julio de ese año, se incorpora lo que luego se convierte en los treinta preceptos que contiene la histórica Declaración de los Derechos Humanos.

Como lo expresé en líneas anteriores Alfaro se adhirió con sus ideas a las tesis de la Revolución Francesa en su trilogía de preceptos: Libertad, Igualdad, Fraternidad, valores que fueron promovidos durante siglos por los llamados Enciclopedistas, que a su vez dieron origen a una inolvidable y aleccionadora lucha de la humanidad que se la conoce como la era del Romanticismo, espacio de tiempo en que justamente los seres humanos luchan con la mayor entrega y convicción para que se garanticen legalmente aquellos derechos que se consideraban inherentes a la persona humana, dicho en otras palabras, no era ni es humano que un individuo no tuviese la protección de la sociedad para que pueda gozar de ciertas garantías como el derecho a la vida, a su dignidad, a opinar libremente, a no ser objeto de torturas, a vivir en un ambiente libre de contaminación, a transitar con entera libertad dentro de un país y entrar y salir del mismo, a gozar de libertad, a ser juzgado por sus Jueces naturales y no ser distraído en ese juzgamiento hacia jueces que respondan a presiones interesadas ajenas al debido proceso, a tener protección en su salud, a educarse, a tener el derecho a trabajar en actividades lícitas y no ser forzado a trabajos impuestos, en definitiva un conjunto de garantías que le permitiesen a las personas gozar de seguridad y no estar expuesto a riesgos causados por la tendencia innata del ser humano a ser conflictivo y no ser solidario, que incluso dio origen en la época del Imperio Romano a la expresión: “entre más conozco al ser humano, más afecto siento por los animales”.

En consecuencia los Derechos Humanos son producto de una larga lucha de los seres humanos por ser libres, por ser dignos, por supervivir, por vivir sin temores ni coacciones; el ser humano como colectivo social jamás luchó por la opulencia (ese es un defecto de pocos), se adhirió si de una manera decidida a una lucha que desemboca en la Declaración de Los Derechos Humanos que es de la que se hace de manera militante y convencida Alfaro, por eso se lo encuentra apoyando a Urbina en su decisión de abolir la esclavitud en Ecuador, por eso fue siempre leal practicante de la defensa de estas garantías de las personas, creía en estos preceptos, era un adicto a la libertad, por ello invitaba a luchar permanentemente por ella, “la libertad no se la alcanza de rodillas, hay que luchar permanentemente por ella”, fue otro de sus bien hilvanados pensamientos.

En resumen Alfaro fue un creyente de los treinta preceptos de la Declaración de los Derechos Humanos, eran una especie de mandamientos en su conducta como persona y ciudadano, los concebía como en efecto deben ser entendidos por todos como facultades naturales de los seres humanos, no se encuentra en su vida que haya violado derechos fundamentales a persona alguna, es verdad que fue un vehemente e inmutable luchador por sus ideales, pero nunca abusó de su poder para afectar derechos ajenos, lo que sí existió fueron partidarios o lugartenientes suyos que se excedieron en el cumplimiento de sus obligaciones, pero jamás por disposición suya, Alfaro practicaba lo que predicaba, no pertenecía a esa cofradía de personas que en el fondo creen en los totalitarismos de derecha o izquierda y sin embargo con hipocresía se autoproclaman por conveniencia adherentes a la práctica y ejercicio de los derechos fundamentales de las personas como doctrina de vida; Alfaro jamás luchó por causar daño a nadie, combatió sin tregua por las causas que él las estimaba honestas, justas y favorables al interés del país.

Alfaro humanista

Un humanista es lo contrario de un verdugo, de un déspota, de una persona prepotente, de un aspirante a dictador, de un extremista, de un autoritario de pasiones descontroladas, fanático, dogmático, ambicioso, de una persona agresiva que actúa así porque tiene frustraciones, inversamente es desprendido, generoso, siente placer sirviendo a los demás, es aquella persona que piensa que más importante que sentirse contento uno, es mejor que todos se sientan contentos; Alfaro pertenecía al selecto grupo de los que creían que si él estaba contento era un placer individual pero tratar de ayudar a muchos y verlos felices a todos cuantos podía constituía una suma de placeres, era un hombre de gran sensibilidad, por eso sentía la tragedia humana y no vivía de la comedia humana, como lo hacen los que se aprovechan de la credulidad y buena fe ajena, por eso estaba consciente y exclamaba: “lamentablemente las personas generosas se convierten a veces en cómplices punibles de su propia generosidad para con los pícaros”, cuánta sabiduría en su concepción de la vida, sabía muy bien que un vivaracho sin escrúpulo normalmente se aprovecha de quien obra sincera y lealmente, el generoso es espontáneo y entrega todo lo que puede, el calculador lo planifica todo, es como la hiena que sonrío cuando va a atacar a su víctima.

Alfaro fue un hombre de formación excepcional, conocía en profundidad las debilidades de los seres humanos, pero él disfrutaba de sus afanes por ver resplandecer la justicia, porque prevalezca lo razonable, no se detenía ante las pequeñeces de los que no saben de valores, por eso decía con la luminosidad que caracterizaron sus pensamientos: “la deslealtad es la peor lepra que aflige a la humanidad, CONFUNDE el bien con el mal y termina promiscuándolo todo”, brillante definición para señalar sentenciosamente la actitud canallesca e ingrata de los que no entienden la hondura de los sentimientos humanos, por eso disfrutaba del lado bueno de la vida, no tenía tiempo ni dejaba perturbar su mente para dar cabida a la ira que provocan los que buscan como sacar ventajas de todo, los que se benefician del trabajo ajeno, por ello sostuvo con la grandiosidad de su ideal: “lamentablemente los redentores son los que cosechan lo que los mártires siembran con sus sacrificios”. Era muy claro en sus ideas, conocía como proceden los seres humanos, son hedonistas, son amigos de buscar hacer el menor esfuerzo y en este ámbito sólo alcanzan a observar lo que tienen cerca de ellos y lo pueden aprovechar, terminan por ser huérfanos de espíritu para contribuir a realizar

algo en provecho de los demás, sólo entienden como sacar ventajas de todo lo que encuentran en su camino, pero ese no era el problema de Alfaro, los conocía muy bien y los enfrentaba con la espada de su acción fecunda y productiva y con su actitud siempre noble, no tenía tiempo para preocuparse de dar respuesta a lo pequeño y mal intencionado, ese nunca fue su problema, ese era un problema de sus detractores a muchos de los cuales ayudó a salir del anonimato y los favoreció con la gestión creadora que realizaba.

Un humanista es quien posee vocación de servicio hacia los demás, aquel que se preocupa por las angustias sociales, es quien es capaz de rebelarse ante los abusos e inequidades existentes, es intransigente con lo incorrecto, con la mentira y la farsa, es quien advierte que los conflictos sociales generan intranquilidad ciudadana y fomentan la violencia social, un humanista entrega todo cuanto puede en beneficio de la colectividad sin espera de recompensas, ello explica otro de sus extraordinarios pensamientos: “esperar recompensas al hacer el bien a otros, es tener decepciones horribles”. Para Alfaro, que fue un humanista sin discusión alguna, su verdadero placer consistía en saber que su acción estaba dirigida a favorecer al conjunto de personas que formaban nuestro país.

Sin dudas una de las características negativas de los seres humanos es su egoísmo, el pensar en su ego personal, lo que lo lleva a no autoexaminarse, a no conocerse a sí mismo, “a mirar la viga en el ojo ajeno y no en el propio”, como lo señala certeramente la Biblia, por eso se preocupa más de ver lo que le conviene personalmente y no se detiene a observar lo que le conviene a todos, eso lo vuelve un ser que se queda en la declamación de sus intenciones, lo que ha dado origen a que se acuñe la frase: “el camino al infierno también está pavimentado de buenas intenciones”; no es suficiente que tengamos el deseo de hacer algo, lo importante es hacerlo y hacerlo bien y ese fue el proceder invariable de Alfaro, prefirió la acción a la palabra, su humanismo queda demostrado en la entrega de su capacidad en beneficio de la patria, no se detuvo a buscar como castigar a sus adversarios, era lo contrario del déspota que termina siendo una amenaza para sus semejantes.

En síntesis un humanista es aquel que en su vida demuestra con sus actos su anhelo de ser útil a los demás, es aquel que entrega todo lo que puede y no se pasa la vida

reclamando y pidiendo a otros es el que da y lo hace sin pedir ni esperar nada a cambio, es el que siente el placer de servir como lo decía el filósofo inglés Abebury; Alfaro pasó su vida buscando cómo hacer todo lo que podía por todos los ecuatorianos sin distinción de ninguna clase, deseaba ante todo y sobre todo que prevaleciera el bien común.

Alfaro internacionalista

Alfaro fue un hombre de mente universal, la frecuencia de sus viajes al exterior lo convirtieron en un dirigente sin fronteras mentales, sus ideas y sus pensamientos no conocían de barreras aldeanas, era un ciudadano del mundo, por eso José Martí cuando se refirió a Alfaro lo definió de forma precisa y certera: “es uno de los pocos latinoamericanos de creación”, en efecto Alfaro fue un hombre creativo, por eso es un adelantado a las transformaciones latinoamericanas y caribeñas, es de los que abrieron surcos para que después se dieran otras transformaciones en la América Hispana; quiso una América Latina unida, por eso invitó a Panamá en 1896 a una Cumbre panamericana que pudiera encontrar objetivos comunes que permitiesen a esta subregión del Continente Americano encontrar puntos de coincidencia y concretar acuerdos para unir en todo lo posible a América Latina y provocar con ello un más equitativo intercambio de bienes y servicios entre el Norte desarrollado y el Sur en vías de desarrollo. Gobernante claro en su proceder sabía las debilidades de los países iberoamericanos, advertía que sin la unión de objetivos serían pocos competitivos frente a países con más Historia y mayor madurez en su desarrollo.

La mente de Alfaro era universal y sabía que existe un mundo donde se concretan toda clase de intercambios de bienes y servicios, tenía clara noción de lo que significa el mercado internacional, era muy lúcido al advertir que si no existe un país fuerte internamente, no podría ser jamás internacionalmente respetable y competitivo, por eso buscaba consolidar un proyecto de país de largo aliento que fuese respetado mundialmente (para que aquello sea viable requiere conocer el conjunto de variables y las diversas aristas que configuran la geopolítica del poder en el mundo entero), no formaba parte de aquellos patrioteros que se presentan con tesis chauvinistas que no tienen cabida en la misma medida que el mundo se internacionaliza y es cada vez más interdependiente, Alfaro era un líder auténtico que entendía había que cimentar una alma nacional robusta para ser considerados internacionalmente como Estado realmente libre y soberano, su clara percepción de la realidad le impedían caer en subjetividades que obnubilan y no dejan mirar el universo de factores que inciden en la vida de un país.

Alfaro y la iglesia

Alfaro era un convencido de la libertad como un atributo inherente a la persona humana, pensaba que sin libertad un ser humano condenaba a cadena perpetua su propia posibilidad de pensar y ser creativo, en esa línea de pensamiento no aceptaba, lo dogmático y sectario, por eso insurge y combate ineludiblemente la posición fanática de García Moreno que estableció en la Constitución expedida en su Gobierno (que fue bautizada como la “Carta Negra”, que estipulaba que para ser ciudadano se requería profesar la religión católica, es decir se excluía a quienes no eran activistas de esta religión o a quienes no la profesaban). Conocía también de los excesos del Catolicismo en las guerras de las Cruzadas o en los fatídicos tiempos de la Inquisición, asesinando sin contemplaciones y sin piedad alguna a quienes no compartían las tesis dispuestas por el Papado o las altas cúpulas eclesiásticas, llegando a tales extremos que investigadores como Galileo y Newton fueron perseguidos y excomulgados por no comulgar con las posturas desbordadas de fanatismo de la Iglesia Católica; otra de sus célebres frases define y clarifica el pensamiento de Alfaro: “entre el patriotismo y el fanatismo existe la misma diferencia que hay entre la inteligencia que alumbra permanentemente el camino de la vida y el rayo que la alumbra intensamente un momento pero que la extermina”.

Conocedor como fue de las actitudes poco cristianas del Clero en el Ecuador (colocado al servicio de los poderosos, despreocupándose de los pobres como lo predicó y quiso Cristo, y más bien dedicándose a la adquisición de grandes dominios de bienes y haciendas), se rebeló contra ello para luchar por un Estado laico, que fuese libre y que no dependiese del poder de ningún grupo religioso. Alfaro nunca estuvo en contra de la religión, hay que precisarlo: no era ateo, pero sí abogaba por la libertad de cultos, era partidario de que se respetase el fuero íntimo de las personas, era un convencido que sin libertad de conciencia el ser humano se reduce a ser un objeto y deja de ser un sujeto de derechos y obligaciones, no aceptaba la intromisión de la Iglesia en asuntos del Estado, era partidario de dar “al César lo que es del César” y a “Dios lo que es de Dios”, respetaba el espacio que socialmente le correspondía a la Iglesia, pero al mismo tiempo demandaba de este respeto a la gestión y acciones del poder político y la sociedad civil organizada.

Tan razonable y justificada era la postura de Alfaro, que el Vaticano -sede principal a nivel mundial de la Iglesia Católica-, terminó por aceptar suscribir un Modus Vivendi o un Concordato con el Estado ecuatoriano, en el que quedaron establecidos de forma clara y categórica los linderos y campos de acción de la Iglesia y del Gobierno; lo que no aceptó como ciudadano y como gobernante es que falsos miembros del Clero pretendiesen manipular el libre derecho de las personas a profesar o no la religión en la que ellos creyesen, fue respetuoso de que las personas tuvieran fe en el Dios o en el enviado de Dios de sus creencias, lo que no aceptaba eran las imposiciones, era en definitiva un defensor a ultranza del derecho de las personas a profesar el culto que ellos desearan.

Alfaro descentralizador

Alfaro entendía muy bien al Ecuador, lo sabía diverso en su configuración geográfica e incluso étnico-cultural, por ello se preocupó en 1897 de expedir una nueva Ley de División Territorial para establecer un régimen político-administrativo descentralizado; buscaba un país unitario pero para que ello pudiese ser posible se necesitaba ser equitativo en la distribución de recursos públicos y por supuesto conceder las suficientes facultades y respetar las distintas Regiones y Regímenes Seccionales en que se dividía el país. No quiso crear artificiosamente una nueva división del territorio ecuatoriano, por eso adoptó como división política administrativa la misma que estableció Bolívar en el Congreso de Angostura de 1824 que contemplaba la existencia de ocho Regiones.

Líder de ideas claras sabía muy bien que para que exista un poder central fuerte es necesario delegar facultades y responsabilidades a los gobiernos locales e incluso a las propias entidades dependientes del Poder Ejecutivo como Gobernadores, Jefes Políticos, Tenientes Políticos; a funcionarios de las distintas áreas que ejerciesen sus funciones en provincias, cantones y parroquias, la buena fe e intencionalidad con que procedió Alfaro lo llevaba a confiar en sus funcionarios, entendía que ser democrático es dar poder y respaldo a sus colaboradores, su lealtad para ellos le imponían delegar funciones y conferirles las suficientes atribuciones. Alfaro sin duda era como buen líder demócrata partidario de la descentralización como forma de gobierno participativa, no creía en un gobierno verticalmente dirigido desde el vértice de la pirámide del poder hacia abajo, creía en un gobierno estructurado desde la base hacia arriba, por supuesto sin fisuras ni incoherencias en sus grandes políticas u objetivos, era un convencido de que lo particular no puede condicionar lo general.

Alfaro y su rebeldía

Un verdadero rebelde no es el estridente o escandaloso que todo lo vuelve controversial, no es aquel que busca pretextos para poder promoverse como pseudo revolucionario, no es el crítico ácido que todo lo cuestiona, no es un insultador de oficio, un hombre rebelde es el que se rebela contra lo injusto, lo falso, lo inmoral, lo abusivo, contra la opresión, contra lo dogmático, es aquel que lucha por el imperio de la razón, de lo equitativo, de lo que es ecuánime, es el que es capaz de defender el interés común aunque ello provoque la reacción estomacal y visceral de quienes se sienten afectados por su defensa de lo que conviene a todos; un verdadero rebelde (y ahí radica la rebeldía) es aquel que defiende en todo momento y circunstancia la verdad, aquella que Albert Camus la definió como el verdadero y único acto heroico de una persona, en consecuencia en esa dualidad realidad- apariencia de la vida, quien consagra su vida como Alfaro lo hizo, a luchar sin concesiones e invariablemente por los intereses patrios al amparo de un ideal lo suficientemente consistente por las convicciones que se tiene de una doctrina como fue su caso, ese ciudadano merece ser considerado rebelde en el más exigente sentido de la palabra; por eso pensamos que no deben las personas de bien dejarse seducir por las proclamas redentoras de quienes carecen de ideales, de principios y de razones y sólo buscan a partir del engaño como obtener provechos personales, desgraciadamente esos farsantes abundan en la juerga politiquera, y hay quienes se dejan engañar o les conviene creer en ellos, por eso De Gaulle, el gran líder de Francia, lo afirmaba: “los políticos no creen en lo que dicen pero se admiran de la facilidad con que otros les creen”.

Alfaro dejó en consecuencia una clara lección que no quedó reducida a sus proclamas, a sus luchas, a su pensamiento y creencias, su objetivo fue hacer todo cuanto pudo por un Ecuador que tuviese condiciones para ser considerado un país vivible, un país que proporcionara a sus habitantes posibilidades de una buena calidad de vida, por eso no se detenía ante las pequeñeses humanas, estaba por encima de aquello, estaba consciente que las manifestaciones tumultuosas sin el amparo de un ideal u objetivo patriótico, forman algarazas pero no hacen transformaciones. Alfaro quería transformar el país para que imperasen la libertad, la moral, el derecho, la justicia, la razón; sabía que un Estado debe prioritariamente buscar estabilidad democrática, seguridad ciudadana y bienestar

social, sin lo cual es imposible pensar en desarrollo humano sustentable. Alfaro fue un rebelde en cuanto no aceptaba, y no compartía, que mediocres sin escrúpulos ni principios causaran daño a la nación.

Hay quienes encuentran en Alfaro a un guerrero que luchó con las armas en el combate a sus adversarios y defendió de esa manera sus ideas, estimo: Alfaro era un hombre con la suficiente decisión y coraje para superar adversidades y en ello sin duda alguna debió enfrentar en el campo del honor a quienes buscaban exterminarlo por rencor u odiosidades, ese es el precio que pagan los hombres idealistas y generosos cuando hay personas pequeñas de espíritu que no entienden la nobleza de procedimientos de ciudadanos con proceder generoso como lo fue Alfaro.

Fue valiente sí pero jamás agresivo y violento, su verdadera valentía estaba determinada por sus convicciones, por su conciencia y por su afán de ver al Ecuador brillar como un país de primer orden en América Latina y el mundo entero.

Alfaro y los indígenas

Ha quedado claramente demostrado la autenticidad democrática de Alfaro, para él no existían ciudadanos de primera ni de segunda, una de sus cualidades fue justamente combatir lo que consideraba negativo e injusto para su patria; su lucha en los montes (lo cual da origen a la denominación de sus huestes “los montoneros”) de las provincias de Manabí y Esmeraldas, se había escuchado a lo largo y ancho del territorio nacional, por eso no les fue extraño a los indios ecuatorianos recibirlo con emoción y solidaridad cuando realizaba su cabalgata hacia el poder, ellos lo respaldaron cuando debió enfrentar la resistencia de quienes se oponían a que asuma el mando de la República en el renombrado combate de Gatazo en las cercanías de Riobamba, los indígenas se convirtieron en sus aliados en su peregrinaje hacia el Palacio de Gobierno, ya en el poder Alfaro elimina el concertaje al que estaban sometidos los indígenas y los libera de pagar contribuciones a los dueños de feudos, por eso para quienes no falsifican la Historia recogen el incalculable apoyo que Alfaro dio a los indios ecuatorianos, a quienes los quiso incorporar a la vida del país como ciudadanos con igualdad de derechos que blancos y mestizos; le era ajeno como hombre de talla humana superior todo tipo de prejuicios, de marginaciones, de resentimientos sociales, de odiosidades, luchaba sí contra los déspotas, los aspirantes a tiranos, contra los lobos que desatan su rabia y complejos cuando tienen poder y aparecen como corderos, cuando están en busca del mismo.

Cuando actualmente encontramos que organismos internacionales recomiendan en tiempos presentes tratamientos especiales a estas minorías étnicas (caso comunidades indígenas) como lo recoge nuestra actual Constitución Política, la figura de Alfaro se encumbra al observarse como su espíritu de justicia y de recia convicción democrática, de ideales firmes y corazón generoso, lo convierten en un visionario gobernante que sirve de guía y ejemplo para las presentes y futuras generaciones, es que existen principios que no pasan de moda, lo justo siempre será justo en la misma medida que lo injusto siempre dejará grabado el sabor amargo y cruel de la injusticia.

Finalmente cabe un comentario en este acápite, los gamonales de la sierra con mentalidad de señores feudales del medioevo queriendo minimizarlo o ser despectivos con Alfaro lo trataron de motejar con el “inri” del “indio” Alfaro, por eso nos hemos

preocupado de establecer, que al igual que amplios sectores de ecuatorianos tienen un indiscutible mestizaje de sangre hispana y sangre nativa, unos más que otros, pues en Ecuador no existen blancos puros, Alfaro fue un típico mestizo descendiente en primer grado de consanguinidad de un español y de una mujer nativa de Manabí, era para despecho de sus detractores afectados por su espíritu democrático a toda prueba, un hombre de tez blanca, de buenos modales, que incluso se unió en matrimonio con una dama de la “alta” sociedad panameña, doña Ana Paredes y Arosemena, hacemos esta referencia con el único afán de rescatar un hecho real y veraz y evidenciar hasta donde puede llegar la prepotencia de personas de alma minúscula, llenas de prejuicios y odiosidades, incapaces de admitir que hay personas que actúan honesta, decente, leal y desinteresadamente como fue el caso de Alfaro.

Alfaro patriota

Pertenece a Alfaro aquella luminosa frase “entre el patriotismo y el fanatismo existe la misma diferencia entre la luz que ilumina y el rayo que extermina”, lo cual resume su concepto sobre el patriotismo, como expresión de una actitud que contribuye con ideas y razones a orientar el rumbo de una sociedad, que ayuda a un país a superar dificultades: un patriota alumbra con sus acciones generosas, un fanático o extremista sólo contribuye con sus actitudes a edificar barreras que impiden la unión en función de objetivos nacionales permanentes; un fanático o extremista sólo contribuye con sus actitudes a ensombrecer el camino a transitar por una colectividad y termina siendo fuente de exterminio. La Historia recoge, como testimonios imborrables, los crímenes de fanáticos como Hitler y Stalin que no pueden ser aceptados por quienes somos sinceramente democráticos, son acciones que no pueden justificarse cualquiera sea la causa o pretexto para haberlo hecho, la última invasión norteamericana a Irak dispuesta por un Presidente de limitada inteligencia y de reprochable extremismo como el caso de George W. Bush, mancha con su actitud la lucha que por la libertad realizaron los grandes patriotas norteamericanos entre los que hay que incluir a George Washington y Abraham Lincoln, el uno precursor de la independencia y el otro pionero en la abolición de la esclavitud.

Un patriota es fundamentalmente un ciudadano que ama a su patria y para amarla hay que comenzar por ser un buen ciudadano, respetuoso de derechos ajenos y cumplidor de sus responsabilidades sociales, no puede ser un patriota quien cree que sólo tiene derechos y no tiene obligaciones, un patriota es aquel que entiende que en la vida el único derecho inalienable de una persona es el cumplimiento de sus deberes, un patriota es aquel quien es capaz de entregar en beneficio de todos mucho más de lo que recibe, es aquel que lucha permanentemente y sin claudicaciones ni treguas porque florezcan la libertad, la igualdad, la justicia, la armonía social, la felicidad de todos, la moral como sustento insustituible de una conducta respetuosa del interés social, son los que construyen puentes de unión entre personas y no los que buscan abrir abismos entre habitantes de un mismo país o de una misma institución, son los que creen que la patria es una sola y que no pueden haber diferencias insuperables entre quienes habitan un mismo territorio porque estiman que la patria está primero que todo, son los que construyen la felicidad de muchos mientras otros se empeñan en buscar como

favorecerse de la acción ajena, por eso Alfaro conocedor de las contradicciones que nos presenta la vida, lo señalaba con toda puntualidad: “los redentores terminan siendo los que los mártires siembran con su sacrificio”, cuantos no cosechan y se benefician del trabajo ajeno y convierten en realidad aquella sabia expresión que nos hace notar que existen quienes se adhieren y practican esa tesis convirtiendo en una verdad aquel refrán popular que dice: “el vivo vive del tonto y el tonto de su trabajo”; un patriota en definitiva no es aquel que vive pidiendo sino aquel que vive preocupado por dar generosamente todo lo que puede para satisfacción y disfrute de muchos.

Alfaro en la hondura de sus concepciones de líder auténtico conocía muy bien que los pueblos y naciones deben tener símbolos que honrar, por eso quiso que el país tuviera un Himno, una Bandera y un Escudo que fueran representativos de nuestra idiosincrasia, de nuestros ancestros, de nuestras fortalezas como país, de nuestra realidad geográfica, de nuestra identidad como nación, por eso se preocupó de los Símbolos Patrios, por ello renovó el Escudo que busca simbolizar la unión de la patria, de sus regiones, que destaca nuestras inmensas riquezas naturales, una Bandera que se mantiene con los colores de la Gran Colombia de la que nacimos como país, la misma que se la singulariza con la incorporación de nuestro Escudo; Alfaro sabía del valor de los símbolos patrios y por ello se preocupó en su Gobierno de ellos.

Alfaro estadista

Max Weber diferenciaba a los gobernantes comunes y corrientes con los estadistas en una acertada frase “los gobernantes políticos trabajan pensando en las próximas elecciones, un estadista piensa en las próximas generaciones”, el uno busca cómo agradar a los que lo rodean, a sus parientes, a sus amigos y partidarios, el otro busca defender el interés general sin mirar a persona alguna; el uno dice y hace lo que le conviene, el otro hace lo que debe y defiende la verdad aun en contra de incomprendiones; el político busca sus conveniencias personales, el otro defiende sus convicciones y el interés de los demás; al uno le interesa el adulo, al otro le interesa no defraudar su conciencia e ideales; el uno vive de apariencias, el otro prefiere vivir de realidades; el político es insincero y busca aparentar, el estadista es auténtico y dice lo que siente y piensa; al político le interesa conseguir poder cualquiera sea el medio que utilice, el estadista no abandona jamás sus principios aunque con ello sacrifique posibilidades de captar posiciones.

Normalmente un estadista es previsor y visionario, no le es difícil intuir apropiadamente lo venidero, el político se preocupa de cómo superar escollos circunstanciales, aunque ello le signifique incumplir promesas e incluso afectar su propia dignidad; un estadista no cambia sus opiniones para obtener provecho de ello, el gobernante político es capaz de cambiar de opinión para obtener un determinado propósito; al estadista le preocupa lo que anhela la sociedad, el gobernante político defiende lo que lo beneficia a él y su grupo; el estadista tiene en sus acciones el respaldo de una doctrina o un ideal que no le permite desviarse en la ruta de su vida, el político sólo conoce de conciliábulos que lo favorecen; el estadista antepone valores a cualquier beneficio si eso afecta su conducta, el gobernante político prefiere y utiliza maniobras artificiosas para lograr lo que se propone.

Lo hemos sostenido un líder nace y se hace, es producto de varios factores que incluyen el tener un coeficiente de inteligencia por encima de lo normal, el maestro Unamuno, Rector de la célebre Universidad de Salamanca, lo sostenía: “lo que natura no da, Salamanca no enseña”, existen inteligencias desperdiciadas que no se cultivan, Alfaro cultivó su mente con esmero y dedicación, eso le permitió adquirir un universo de conocimientos amplísimos. El estadista necesita no sólo conocer una determinada área

de las actividades humanas sino requiere tener conocimientos de todas las variables que inciden en la vida de una sociedad, de lo contrario puede ser víctima de engaños o aprovechamientos que perjudiquen a la sociedad y lo puedan perjudicar incluso personalmente; no tiene lagunas, allí está la diferencia del estadista con otros dirigentes de una sociedad, un buen político es ducho en maniobras de ese tipo, un buen militar sabe de su misión, un buen profesional conoce los secretos de su profesión, un artesano es hábil en su oficio, un estadista entiende a cabalidad causas y efectos de la compleja gama de factores políticos, sociales, económicos, administrativos, etc., que influyen con el rumbo de un país. Alfaro conocía la vida en todas sus facetas, eso le permitió ser un gran gobernante, un estadista que construyó la vía a recorrer por el país el siglo XX, fue el constructor del alma nacional del siglo XX, por eso afirmamos sin Alfaro el Ecuador hubiese tenido serios problemas de subsistencia en el siglo pasado, su mente era privilegiada y dominaba el escenario internacional y nacional, como un buen artista domina el escenario donde actúa.

Un estadista no pierde de vista en ningún momento o circunstancia los grandes objetivos del país en su conjunto, conoce a cabalidad la forma en que opera o debe operar la sociedad jurídicamente organizada a través de instituciones que son permanentes, mientras las personas que la dirigen o gobiernan son transitorias; al dirigente político sólo le interesa las ventajas o provecho que puede obtener en un determinado momento, aunque aquello tenga luego consecuencias desfavorables para la sociedad; el estadista como buen dirigente advierte los efectos de una determinada medida o actitud, sabe de la ética de la responsabilidad, tiene olfato para “mirar un poco más allá de las narices” como reza el dicho popular; el estadista termina por hacer mucho bien a todos, el mal político generalmente termina por perjudicar a muchos.

Alfaro y la gesta de Chone

La Historia del Ecuador ha recogido el 5 de Junio como la fecha recordatoria del triunfo de la Revolución Liberal que capitaneó Alfaro, sin embargo en homenaje a la realidad de los hechos, Alfaro llega al poder en base a la proclama de Chone del 5 de Mayo de 1895, cuya Asamblea de ilustres ciudadanos resuelven desconocer el gobierno que existía en aquella época de Luis Cordero y proclama a Alfaro como Jefe Supremo de la República.

Producida esta proclama de Chone los partidarios de Alfaro salen de esa ciudad y viajan hacia otras provincias como Los Ríos, Bolívar, El Oro, hasta llegar a Guayaquil y participar en la Asamblea reunida para estos efectos el 5 de Junio de 1895, la presencia de esas huestes alfaristas venidas de Manabí influyen decisoriamente para que Guayaquil proclame como Jefe Supremo de la República a Eloy Alfaro y es llamado desde Centro América donde se encontraba, para que asuma el mando de la República, en otras palabras sin el 5 de Mayo de Chone no hubiese existido el 5 de Junio en Guayaquil, esa la inmensa trascendencia del pronunciamiento ciudadano de Chone respaldado inicialmente por todo Manabí y Esmeraldas y luego por todo Ecuador.

Lo antes afirmado tiene como sustento el hecho real de que es en las provincias de Manabí y Esmeraldas donde se gesta la lucha de Alfaro, ese fue su campo de batalla; basta recordar que la primera acción revolucionaria de Alfaro deteniendo al Gobernador de Manabí en 1864, se produce en Colorado-Montecristi, para evitar el apresamiento o asesinato de ciudadanos que no comulgaban con las políticas del Gobierno de turno, la recordada Batalla de Balsamaragua que se produce en Jaramijó en 1884, “el Combate de Los Amarillos” que tiene lugar cerca de Tosagua el primero de Mayo de 1895, es decir no queda duda que sin la insurgencia de Manabí y Esmeraldas y sin la proclama de Chone, no se hubiese producido el triunfo de la alfarada, aquello nos engrandece a manabitas y esmeraldeños en ese tiempo integrados en una sola región, todo lo cual se traduce en definitiva en un importante aporte cívico que Manabí entregó a la patria.

Nota del Autor: He sido por ancestro desde mi bisabuelo paterno, mis abuelos paternos y maternos, mis padres y por convicción personal, un partidario de las ideas liberales radicales de Alfaro, de su conducta ciudadana, un admirador de su talla de líder excepcional y de la extraordinaria obra que realizó en beneficio de la patria, demostrando en todo momento y circunstancia ser un hombre de honor y de alma generosa.

DECÁLOGO DEL ALFARISMO

- 1. PATRIOTISMO.** Para Alfaro primero estuvo la patria. Ahí radica la gran diferencia con los dirigentes políticos que privilegian intereses de los grupos o partidos a los que pertenecen y sus propios intereses personales. Como auténtico líder y gobernante, como verdadero estadista de clara visión de futuro, procuró favorecer a las nuevas generaciones sin estar pensando como algunos políticos criollos, únicamente en las próximas elecciones.
- 2. HUMANISMO.** Alfaro pensaba primero: qué podía hacer por los demás y no se preocupó qué podían hacer los demás por él. Creyó en un Estado al servicio del hombre y no en un hombre al servicio del Estado. Prefirió servir sintiendo la tragedia humana que divertirse con la comedia humana. Su demostrada solidaridad y sensibilidad humana lo llevó a exclamar “Se debe servir sin esperar las retribuciones de las personas beneficiadas, a fin de no sufrir decepciones horribles” y agregaba “la ingratitud es la peor lepra que aflige a la humanidad, confunde el bien con el mal y termina promiscuándolo todo”. En síntesis, fue un ciudadano útil a los demás y jamás utilizó su capacidad o influencias para obtener provecho de los demás.
- 3. IDEALISMO.** Para Alfaro estuvieron primero sus ideales, sus principios, sus convicciones, por ello fue un defensor sin claudicaciones de la libertad, la igualdad y la fraternidad, trilogía de valores que inspiraron la Revolución Francesa, de la cual Alfaro fue un convencido seguidor y defensor de sus postulados. Sabía muy bien que sin ideales jamás sería posible una obra de claro y definido bienestar colectivo, de transitar por el camino correcto de la vida y alcanzar metas y objetivos superiores, de sentirse contento consigo mismo. Comprendía muy bien que los ideales y principios no pueden ser objeto de transacción, ni de pactos o componendas.

- 4. DEMOCRACIA.** Alfaro fue un convencido demócrata, creyó en un régimen republicano de gobierno, basado en aquella división de poderes que establece frenos y contrafrenos a cualquier tipo de excesos en el ejercicio del poder político. Fue un adherente de la teoría de la división de poderes que protegiera en último término las garantías fundamentales civiles y políticas de las personas y ciudadanos. Sostenía con enorme inteligencia que “los fanáticos políticos o religiosos están a un paso de la gloria o del crimen” y agregaba “entre un demócrata que respeta el derecho ajeno y un fanático, hay la misma diferencia que existe entre la luz que vivifica y el rayo que extermina”.
- 5. DERECHO.** Alfaro fundamentó su acción en el derecho. Porque creía en el derecho promulgó dos Constituciones: la de 1897 y la de 1906, esta última que ha sido la que virtualmente ha regido la vida del país durante todo el siglo XX. Su apego al derecho como el gran sustento de una vida organizada y respetuosa, es la que lo impulsa a que en su gobierno, se dicten una serie de leyes de diversa índole para dotar al país de una legislación consistente y confiable, lo cual define su firme adhesión al derecho como norma de convivencia civilizada y sustento de la duradera institucionalidad de un régimen democrático al servicio de una sólida organización social y del interés común. Su apego al principio de la igualdad ante la ley, lo impulsó a poner en práctica la equidad de género favoreciendo la incorporación de la mujer a la vida pública.
- 6. NACIONALISMO.** Alfaro creyó en el país como un todo, sabía que había que dotar al Ecuador de un alma nacional, por ello impulsó la unidad de la patria y a eso responde la construcción de una red de ferrocarriles, no tanto como obra material, sino para que la misma contribuyera a unir y a comunicar a los ecuatorianos. Su célebre frase *Túmbez, Marañón o la Guerra* lo reflejan como un apasionado defensor de la dignidad e integridad nacional, ello explica también su deseo de unir a los pueblos de América Latina y El Caribe convocándolos a una conferencia en México en 1896, para lograr el mejor trato y reciprocidad en las relaciones de todos los países desarrollados y no desarrollados, en el concierto internacional de naciones.

- 7. REVOLUCIONARIO.** Si un verdadero revolucionario es quien desea cambiar lo que está mal por algo bueno o mejor, esa fue la razón de la lucha de Alfaro, por ello defendió valores, por ello sostenía que donde impera la desmoralización y el robo es imposible la República, por ello cuando acepta ser Presidente lo hace en nombre de la libertad, la moral y el derecho, y cuando asume el mando de la República, expresa con el más profundo anhelo espiritual y humano *justicia y más justicia es lo que quiere el Ecuador*. Fue un luchador incansable por lo equitativo, por lo ético, por lo honesto, por lo verdadero, por lo justo, y sostenía *cuando se trata de servir a la humanidad doliente es un deber arrostrar hasta el sacrificio de la vida*. Su más tangible logro revolucionario está en la promoción de la educación laica y pública, en la que comenzó por renovar la actitud y formación de los maestros para lo cual creó los recordados Normales como institutos de instrucción especializada.
- 8. MAGNANIMIDAD.** El mejor biógrafo que tuvo Alfaro fue sin duda Vargas Vila, lo calificó con todo acierto como hombre de gran corazón, pues todo acto revolucionario y de cambio debe estar inspirado en los más nobles y puros sentimientos. Tan humano y magnánimo fue Alfaro, que Vargas Vila no entendía como había aceptado transitar por el espinoso, arribista y oportunista mundo de la política, pero Alfaro estaba consciente que los hombres generosos son por lo general víctimas de su punible generosidad para con los pícaros, y agregaba *mostrarse humilde con los tontos es sembrar y cosechar mala fama*.
- 9. BUENAS COSTUMBRES.** A Alfaro le pertenece una extraordinaria frase *dejadme practicar las buenas costumbres y les devolveré libertad y gloria*. Sin duda valoraba lo que significa mantener actitudes basadas en la decencia y en comportamientos que no lastimen derechos ajenos, ni menos aún que causen daño a terceros. En el contexto de la valoración de las buenas costumbres, Alfaro entendió a cabalidad el valor de la familia como unidad básica y primordial de la sociedad, eso lo llevó a ser un buen hijo, un buen esposo y un buen padre. A respetar tradiciones, a sentirse orgulloso de su ancestro, lo cual lo hizo un hombre rebelde a los convencionalismos que sólo buscan aprovechar circunstancias, por eso afirmaba *una de las peores desgracias que puede sobrevenirle a un hombre de bien, es deberle servicios a un pícaro generoso*. Fue un

hombre sin prejuicios y eso explica por qué cuando pudo castigar a quienes lo combatieron malévolamente, pronunció otra de sus históricas frases *perdón y olvido*, pues sabía que de esa manera no perturbaba su benéfica acción social y humanitaria.

10. DESINTERÉS. Alfaro entendió con hombría de bien la frase socrática de que *el desinterés es el alma de la virtud humana*, ello prueba su acrisolada honestidad demostrada con hechos fáciles de ser probados, pues mientras Alfaro se empobreció en el ejercicio del poder, la vida nos muestra como aparecen personas con inmensas fortunas obtenidas “de la noche a la mañana” haciendo alarde de la comisión del delito más fácil de ser detectado y menos castigado: el del enriquecimiento no justificado. Alfaro fue desprendido, puso su fortuna al servicio de los demás, por ello sostenía que *el padre de familia sacrificándose por la causa pública, trabaja no sólo por la felicidad general, sino por la felicidad de sus descendientes en particular*. Alfaro no buscó el poder por pura ambición o vanidad, no entendía a los aprovechadores y oportunistas, luchó contra la inmoralidad, los abusos e injusticias de su época, su lucha lo llevó a ser llamado desde Centro América donde residía en el exilio, para que asuma el poder, eso prueba que no fue un mediocre desesperado por figurar o captar posiciones empleando cualquier medio para lograrlo.

EPÍLOGO

Alfaro fue el gran constructor del moderno Ecuador del siglo XX, su estatura de hombre superior, lo hizo trascender su existencia vital y convertirse en un faro que ha iluminado la historia de la patria y América Latina. Eso enorgullece al Ecuador y principalmente a los manabitas.

Medardo Mora Solórzano: (Manabí, 1942) Dr. en Jurisprudencia, Rector fundador de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí, ex-Alcalde de Manta, presidente del CONUEP y luego CONESUP (Consejo de Universidades y Escuelas politécnicas) por dos periodos (1994-2000). Ha recibido múltiples condecoraciones y testimonios de instituciones públicas, privadas, educativas y clasistas. Autor de varios ensayos de Educación Universitaria y de la realidad nacional en el contexto continental y mundial, y de los libros *La Situación de la educación Superior en el Ecuador*, *Filosofía de la vida o la vida es una filosofía* (dos ediciones), *Eloy Alfaro: un líder del ayer y un ejemplo del mañana* (tres ediciones), *Reforma política: anhelos y realidad nacional*, *La educación única vía hacia la igualdad (dos tomos)* y *Vistazos al Manabí profundo*. Es uno de los ecuatorianos más lúcidos en la comprensión de su realidad educativa, su mejor testimonio es el desarrollo de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí que en corto tiempo ha desarrollado varios procesos en educación, arte y cultura reconocidos en el país y fuera de él. Doctor Honoris Causa de la Universidad Alfredo Pérez Guerrero de Quito; del Consejo Iberoamericano en Honor a la Excelencia Educativa en Punta del Este, Uruguay; y, de la Universidad del Mar de Chile.

Con la colección Balsa Manteña, una señal simbólica para entender las culturas manabitas en el contexto nacional y continental, inauguramos una serie de ensayos para el hombre que tiene prisa y afán de encontrarle sentido a nuestras raíces y un norte preciso al que llegar.

Eloy Alfaro un líder del ayer y del mañana es el recorrido por la vida heroica y las acciones titánicas de este manabita que desde el margen del poder político, económico y social ecuatoriano supo ubicarse en la historia, sacrificar bienestar y fortuna familiar, experimentar el sabor de las derrotas, espacio donde realmente se mide al hombre superior, hasta terminar como mártir, incinerado en el parque El Ejido de Quito, en un acto de vergüenza nacional pero que sigue como llaga para atormentar o por lo menos llamar a la reflexión a los grupos que impiden encontrarle verdadero derrotero al bienestar de todos los ecuatorianos.

El autor de este ensayo no es un arrimado a una coyuntura histórica o el usufructuario de un símbolo nacional, se trata de un manabita de cepa que ha emulado la obra de Eloy Alfaro Delgado, especialmente en lo educativo y patriótico como ciudadano orientador en temas cruciales para el destino del país: la educación superior, la economía política, la comprensión y posibles soluciones a los grandes conflictos nacionales... Medardo Mora Solórzano es de los pocos ecuatorianos que puede escribir y sustentar tesis porque hay una coherencia en su trayectoria como hombre público y la semblanza así como las distintas facetas y los sólidos valores que identificaron a Eloy Alfaro Delgado.

En la República, cuatro siglos antes de Cristo, Platón nos enseñó lo extremadamente complejo que resulta entender la naturaleza del bien y del mal y mucho más comprender e imaginar un estado ideal donde haya bienestar y felicidad para la mayoría de los ciudadanos, ahora en el tiempo vertiginoso de las tecnologías y la era de la globalización y del conocimiento, nos queda como legado del gran filósofo griego columna vertebral de la filosofía occidental, que nuestra sociedad necesita gobernantes que a más de trayectoria, desprendimiento del afán exclusivo del lucro, sean verdaderos filósofos y sabios en el buen sentido de las palabras.

La Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí, aunque abusemos del pleonasma es el mayor testimonio y referencia de quien escribe este ensayo donde las palabras están sustentadas por la acción y la consecuencia con los principios del mayor ecuatoriano de todos los tiempos.